

Pero es un hecho posible. Más aún: un hecho imprescindible, si se aspira a una felicidad perdurable y superior. Esta felicidad nutre su consistencia no sólo en la firmeza de sus fundamentos sino en el horizonte ofertado al hombre por la razón. Lo que la razón tiene de señera es lo que el hombre tiene de moderno. Moderno es administrar los recursos disponibles haciéndolos rendir al máximo. Moderno es instrumentar lo que la naturaleza nos da para alcanzar otro fin que aquel que la naturaleza misma nos propone. Moderno es colonizar las pasiones con el recurso del método. La Modernidad no es sino emancipación de toda sujeción a la Naturaleza —y en particular al cuerpo— mediante la vía administrativa de la razón, así como la Edad Media había sido emancipación de la Naturaleza y del cuerpo lograda por la vía administrativa de la fe.

Ocho

La libertad, por lo tanto, es labor de discernimiento. Se trata, en primer término, de separar lo que se encuentra mezclado y confundido. El «gran libro» del mundo al que Descartes se refiere en su correspondencia de 1645 pone de manifiesto el origen del mal: la sumisión del alma a pasiones sin control. Cabe decir, pues, que sabido es el hombre que empieza por reconocer que su naturaleza es mixta. Inmortal por una parte, mortal por la otra y frágil en consecuencia. Sólo el claro discernimiento de su situación le permitirá encontrar la senda de los goces perdurables y los padecimientos acotados por la lucidez. El método es, entonces, el recurso que permite reeducar la percepción sensible, encauzar la vida afectiva. Su brújula es el pensamiento fundado en evidencias simples y de valor universal. Descartes se impone exorcizar el sufrimiento y el sufrimiento siempre es hijo del error. De ese error que es la ofrenda que la desmesura del corazón apasionado le hace a una razón debilitada por la impericia.

La meta del trabajo, en consecuencia, es *la maîtrise de soi*. Si de algo se trata, en efecto, es de adueñarse de uno mismo. Sólo así se hace honor a cuanto en uno hay de divino y eterno. En la medida en que convoca a la realización de este ideal de redención, el *Discurso del método* puede ser leído como un himno a la alegría.

El autocontrol cartesiano recuerda la antigua y venerable invocación de los trágicos a la mesura y el rigor característico del emprendimiento estoico.

Descartes insiste en la necesidad de aprender a instrumentar nuestra naturaleza mixta. En sí misma, la carne no le parece un obstáculo. Se trata de saber utilizarla, de saber emplear lo que ella brinda en la causa adecuada. Su visión es empresarial, burguesa. Extremando quizá el plan-

teo, diríamos que Descartes propone una comprensión del alma y el cuerpo que permite *capitalizar* sus recursos y el hecho mismo de su interdependencia. Todo puede ser un medio rentable para el fin propuesto, si se lo sabe utilizar.

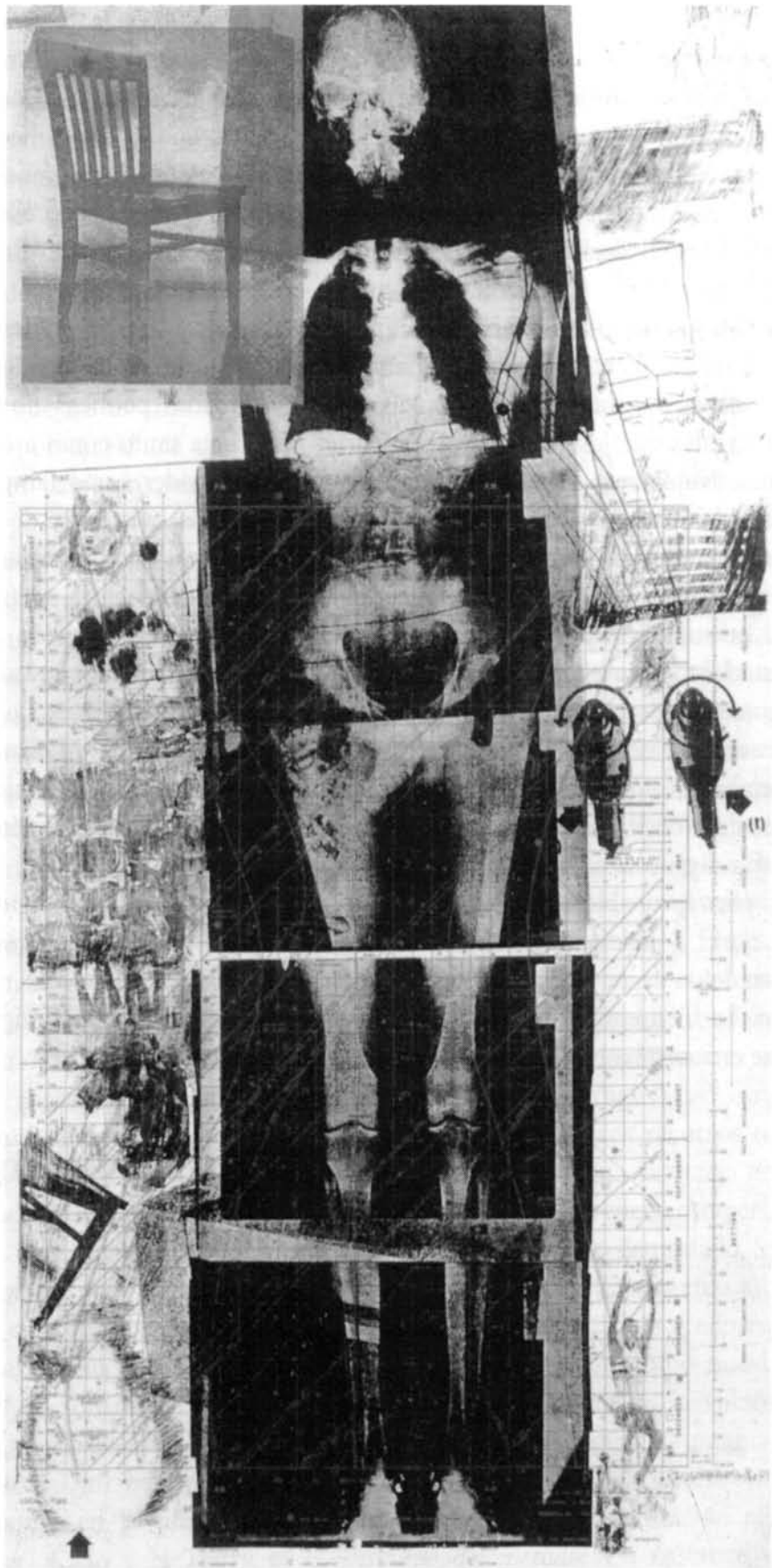
El hombre espiritualmente liberado no sólo se emancipa del arbitrio del impulso; se emancipa, asimismo, de cierta necesidad infantil de Dios en favor de otra más adulta y madura. En este caso, el espíritu filial de dependencia y temor servil cede ante la voluntad de participación y correspondencia. El hombre se asocia voluntariamente a cuanto en él hay de trascendente para hacer de sí un territorio apto para la causa de la razón que no es sino la de Dios. Una, única y universal, la razón es la forma por excelencia que en lo humano toma lo divino. Como se ve, las virtudes característicamente cristianas, pasan a un segundo plano. Sin embargo, Descartes es portador de una auténtica buena nueva; también él, a su manera, es un apóstol y viene a traer a los hombres la luz inigualada de una revelación. Su palabra quiere hacer evidente que podemos despertar a un mundo de responsabilidades más altas y de satisfacciones más hondas que las brindadas por el dictamen arbitrario de los sentidos. Lo que este *aleluya* celebra es el hecho de que conocerse equivalga a autogobernarse por vía racional. Descartes está convencido de que es posible reeducarse. Ello implica que no sólo el arrepentimiento traza el camino de la redención. Lo traza también y de modo eminente, la metódica lucidez. El hombre cabal es aquel que se empeña en jerarquizar cuanto hay en él de divino. Pero ese empeño gana consistencia únicamente si se vale del discernimiento *claro y distinto*. Pensar de recto modo equivale a obrar en consonancia con Dios. Ya lo había subrayado Galilei en su apremiada carta a la duquesa de Toscana: la matemática no hace más que revelarnos la grandeza del Señor. De este modo, sin renegar de la fe, Descartes vendrá a asegurar el triunfo del método hipotético deductivo. Y así fundamentará la ciencia con total independencia de los clásicos recursos trascendentales. No hay sin embargo, en este sentido, ninguna jactancia en el pensador. Descartes se cuida de aparentar rebeldía y prefiere romper sin ruido con incontables convencionalismos. Pero sería ir demasiado lejos desconocer que la idea de Dios le resulta indispensable. El supremo júbilo de la criatura presupone el saber reconocerse como criatura y ello equivale a reconocer en nosotros tanto nuestra precariedad como nuestras virtudes espirituales. Correlato de la Voluntad Suprema es la voluntad humana, la decidida orientación del entendimiento según las pautas de la razón. Dios habita en nosotros más y mejor a medida que nosotros habitamos en El más y mejor. Y el camino de la reconciliación plena entre el Cielo y la Tierra es el *Discurso del método*. Un *Discurso* que

quiere convencernos de que, sin desmedro de Dios ni de la fe, resulta posible probar que las relaciones cuantitativas pueden pasar a ser el mejor recurso identificatorio primordial de las propiedades de las cosas. Descartes promueve esa transición revolucionaria, decisiva, que va de los hechos a la teoría; la sustitución matemática de la realidad empírica por modelos ideales que explican estructuralmente esa realidad. Pero para todo ello, el primer paso, el decisivo, es el que hace del hombre un territorio firmemente subordinado a la razón.

Se diría, en síntesis, que hay dos tipos de soberanos: los que gobiernan a los demás y los que se gobiernan a sí mismos. Se trata, como se dijo, de dos órdenes no intercambiables. Las responsabilidades políticas no son menos reales que las espirituales. Descartes las acepta tanto como a éstas últimas. No somete a revisión las prerrogativas del poder como tampoco lo hace con las verdades reveladas de la fe. Acata la existencia de dos órdenes paralelos y se niega a extender sus conclusiones a la organización del Estado. El autogobierno propugnado por Descartes encuentra su límite en el presupuesto, de valor axiomático, que exige estricta sumisión a la potestad de los reyes. Aun cuando lo pregona a voces, todos los recaudos terminan siendo pocos. Descartes no tarda en concluir que lo más aconsejable será irse de Francia. Lo hace y busca refugio en Holanda. Más tarde, sin embargo, también abandonará Amsterdam. Tampoco allí se siente seguro. ¿Adónde ir? No le queda otro rumbo que el Norte. Suecia se muestra dispuesta a acogerlo y no duda en aceptar.

Es poco probable que Descartes se sintiera injustamente perseguido. Conocía el potencial subversivo de sus ideas. Sabía que sus censores lo habían leído *bien*. Convenía, pues, ser paciente. Y tenía, una vez más, razón. Ya bien entrado el siglo XVIII, D'Alembert lamentará lo arraigado que se encontraba en Europa el pensamiento de Descartes.

Santiago Kovadloff



Robert Rauschenberg
Boster, 1967